

Nadia Prado

Mientras escribo,
un pincel dibuja interminables caligrafías.
Sigo tras ellas, como un siervo
que recoge los ropajes de su amo.

Despierto, utilizo lo que me queda en el alma, casi inerte recorro con los
dientes las calles para engendrar mi nombre.
Pero mi carne se resiste, mis ojos ven mi cara y su boca desaparecida. Mi
boca yace en silencio. Mi mano es incapaz de un solo trazo.
Mi letra es invisible, pero las palabras me pertenecen.
Y aunque mi mano no tenga fuerzas para levantarse, sé que estoy
completamente escrita por dentro.

Al menos hay una línea luminosa en medio de tanta oscuridad, un resplandor en este estado perpetuo, indecoroso y de duda, un respiro para regenerar tanta sílaba, mis palabras balbuceantes, aunque todas lo son, frente a tantos días avasalladores.

Un alivio. Un descanso.

Una prórroga antes de olvidar que a mi boca le quedan algunas palabras. Recobro aliento, los pulmones absorben el más final respiro de inconformidad, en una infructuosa desesperación por olvidar, pero el lenguaje no cesa en su arraigo.

Me afianzo de todas formas a olvidar, sabiendo que es inútil este deseo por desarticular los sonidos.

En este juego sólo yo me descompongo.

Al vaciar el corazón para decir quién soy, a veces no lo sé. Tal vez sea una provinciana, perdida en tanta división administrativa. Pero vivo en este lugar, conquistado por antiguas ambiciones. Me vejaron, con armas y fuerza. Mi provincia es un pedazo de tierra que se integra a los imperios sucios del deseo. En este trozo vivo. No puedo incrustarme en el balcón antiguo y ajeno de la prosperidad rubia. El horizonte blanco escupe estas mechas tiesas. Mi provincia es una extensión de terreno al que se le da ese nombre sin que sea una provincia, soy por error. Vivo en este país de zonas erradas y conceptos perdidos en el paladar hambriento de una cara caoba. En el rostro que dentro de la nación hace fronteras en barrios, expectantes frente a la prosperidad, otros avergonzados en la hambruna que fluye como río. Vivo este pedazo de tierra ambivalente, oblicua; la provincia, un país, un barrio, provincias de carne entre carnes. Me ubico en la orilla del alimento, naufragando, siendo nativa entre todos, suelo hablar de mi país, soy como una provinciana sufriendo cierto tipo de provincialismo, me apego, hago de este lugar mi predilección, me apodero de sus actitudes. Es el único sitio donde he vivido, no soy migratoria, no logro sostenerme en territorios alejados, no me adapto con facilidad en estos kilómetros de gente extraña. Este, es el terreno que me pertenece. Otros lugares, otras aventuras me agotarían demasiado, las hazañas me inmolan y el porvenir no existe. Los continentes restantes son sólo tierra paralizada. La nostalgia, a veces, provoca problemas de arraigo enfermizo, dolencias, penas, tristezas. Ese corazón que te consuela, ausente, sin patria en su carne muerta, sin filiación vagando en esa pena después de perder un bienpreciado. Sufro de este provincialismo cuando el habitáculo está frío, cuando la cama está anegada de ausencia, cuando la casa no existe. La calle impregnada en la ciudad, se ausenta en tanto aburrimiento.

Me desprendo, el habitante que he querido ser se ha ido.

La pereza retorna.

Soy la propia muerte que viene a colonizarme sin resistencia.

He abandonado mi cuerpo, porque todo se abandona y lo que no se deja empieza a latir, a latir dentro, hasta que el corazón desabrocha el pecho. Una vez abierto deja caer la pus, la pus de la miseria, la pus que me hace ser más limpia sólo al tenerla. Palpitan en mí las ganas de abandonarme, las ganas porque estos latigazos en mi cabeza se desmoronen, se alejen. Huyo con tanta furia, que vivo sin poder cerrar el escape. Abandono todas las batallas, todas las caricias, porque nada llena este pecho que quedó perforado años atrás. Y años atrás pudo parcharse, omitiendo el recuerdo, haciendo que el pasado fuera como un film, que se recuerda para cerciorarse de que se ha visto. Me vi caer, imaginé levantarme. Pero me he deshojado como un libro a través del tiempo. Huelo a fracaso. Mis jóvenes años me martirizaron. Sigo siendo la misma que repite las tristezas, que vuelven a palpitar en este corazón que nunca se ha cerrado, porque la mano me tiembla como a una alcohólica cuando no escribo.

Estoy harta de este letargo de no decir lo que quiero, porque todas estas conversaciones en torno a la literatura me producen una evasión de años. Ya sé que no podré amarte más, porque ya fue suficiente y añorar es lo único que me queda, añorar el deseo que me produce y me produzco día a día y sin embargo no doy más de pensar en ti y es todo cuanto hago. La carne se me afloja y creo que tanta memoria me despedaza y quiero despedazarme y desmoronarme en este sufrimiento que logra revivirme cuando estoy casi muerta. Te recuerdo hablando de lo bellas que son las palabras, como las tuyas y tus ojos vaciándome para que no me detenga en amarte, tu boca vaciándome de amor de palabras. Esta euforia por verte es como la agonía de no verte, el hambre de tocarte cuando alguien lo hace por mí. Tu lengua que me espera y no me espera, mi cabeza bajando con desesperación por tu pecho para abrírtelo, para meterme dentro y sacar tu corazón a pedazos para que jamás se recupere y olvide. No digas ni una palabra más porque cada palabra que se te escapa me apega cada vez más a lo que eres. No sabré despedirme nunca y por eso acabaremos con odio por todo el amor que nos tuvimos. Porque el odio como el amor no se olvida y dañará mi recuerdo mientras vivamos.

Has vaciado mi vida, le has arrancado a esta carne cualquier signo y deseo por vivir, aunque el deseo por vivir siempre fue escaso, pero cuando lo tuve lo hice bien. Hice bien al caer de rodillas frente a las palabras y no sucumbir a la mediocridad. Mi resurrección es tuya y ahora al despedirme tengo la certeza que te pertenece. Ahora que te marchas te la entrego. Tu deseo porque yo viviera no es el mío.

(*Carnal*, 1ª Edición: Cuarto Propio, 1998, 2ª Edición:
Ed. Surada, 2002, Santiago, Chile)

Ovación 1

Ella entró en un carro
adornado por cruces flores y ropajes
sacrificó a un gran toro
asustada corrí a esconder mi cara

El aplauso unánime del público
hizo sangrar mis oídos

Debajo del miedo que me daba el triunfo
guardé su corona
con "Sangre y Arena"

Me convertí en estatua
ojos al horizonte
húmedos y fríos

TRIUNFO

Ovación 2

Vine a pie y me hice jinete

Tomé un caballo sacrificué a mi madre
y le di de comer al animal
Era la última sensación de que estaba viva

TRIUNFO

Ovación 3

Saqué a luz la corona de su triunfo
y la puse en el cuello del animal

Le otorgué mi madre

De sus gritos me hice valiente

TRIUNFO MAYOR

Yo había descubierto cómo calmar el insomnio, cómo derribar los párpados que no querían cerrarse. La ventana hacia afuera era una ventana de barco. Estoy salpicada de barro, hundida, pegada a numerosos charcos. Negros océanos, malos augurios. No quieres venir acá, acá mismo donde estoy para esperarte. Tengo grandes deseos, iluminarlo todo. Pero sobre lo que tengo no sirve de nada hablar, mientras permanezcas fuera. Yo estaba saludable, sonreí al nacer, sonreí al tener cuatro hermanas y no saber del medio hermano bastardo de la cruz, sonreí al ver el cariño compartido, sonreí con las canciones de cuna.

Te esperaba en las noches,
nada supe por largos años,
hasta que aprendí a masturbarme
pensando en ti, madre.

RECUERDO: FUE ESCASO EL CARIÑO ENTRE OSOTRAS.

*(Simple placeres, 1ª Edición: Ed. Cuarto Propio, 1992,
2ª Edición: Ed. Surada, 2002, Santiago)*